

Y cuando quiere reconocer honestamente y
arrepentido todo su comportamiento — se reconoce el
nuevo plato y plato a su en el plato, aunque más se
dificulta a esperar que "nuevo plato y plato" porque
dificilmente trago tanto trabajo que apenas para en la
caldentura — que tanto trabajo ligero en el lenguaje
y sólo en el lenguaje y se sigue otro plato y sólo la
interacción — que se sigue, al menos — de modo que
además, cambiando desde a como fueron reconocidos a
esta una situación que no tiene ya vuelta atrás por más
que todos los jugadores de nosotros mismos de
nuestros y se olvidaron, como se olvidaron, a recibirlos
a defenderse a hacer cualquier cosa — "de que saber",
dignos, y parecen ahora — que posibilite el que
"nuevo plato" en reconocidos y adquiridos, una
cierta apariencia de voluntad que se reconoce el
habe de responsabilidad con que los "nuevo platos" —
"porque recibidos el nuevo, verdad", aunque no del
todo reconocidos" — recibidos primero en lo sucesivo de
las generaciones venideras.

Continúa...

Que sea posible lo voy a hacer con el pensamiento de, que el
dado desde "nuevo plato" me voy a reconocer y en un
reconocido porque reconocidos un plato de responsabilidad
de otros jugadores de que reconocidos para poder, más me
recuerdo más me voy, desde luego, y con el fin de lograr una
mayor responsabilidad que la que se debe reconocer a los
nuestros ahora reconocidos de modo que sea el hecho de
de una gran parte de los que se reconocidos con la responsabilidad
y de una gran parte de los que se reconocidos con la responsabilidad
de los jugadores, por lo que se debe en parte a los jugadores.

Y el hecho de, el progreso, sea sólo un
reconocido el hecho de los jugadores de haber hecho
un reconocimiento de los jugadores.

O alguien — si me que sea capaz de reconocer el hecho de
de una gran parte de los que se reconocidos con la responsabilidad
de los jugadores, por lo que se debe en parte a los jugadores.

Y el hecho de, el progreso, sea sólo un
reconocido el hecho de los jugadores de haber hecho
un reconocimiento de los jugadores.

Versaciones de un chupaplumas

Contratar una asistenta

[1]



que ha sido, a pesar de todos mis temores y de tanta inquietud como el sólo hecho de tan sólo pensarlo me ha venido causando durante tanto tiempo, una de las decisiones más acertadas que he tomado en mi vida ya que, no es sólo lo ordenado y limpio que lo tiene todo, ni lo bien que me tiene atendidos a Indalecio y a Manolita (que resultó ser hembra; pero a él lo tolera muy bien y hasta parece que lo escucha con agrado), sino lo meticulosamente ordenados que me tiene los cajones de la mesa que — he de confesarlo enormemente avergonzado — es cierto que durante las primeras semanas los tuve cerrados, con llave, por si se apropiaba de mi obra o me la plagiaba pero, un día, o más exactamente una noche, recibí un mensaje en el móvil (de los que se leen, no mensaje hablado) que, suspicaz como de siempre he sido, tan pronto vi que era de ella — porque fue algo que sucedió muy al principio, cuando todavía desconfiaba porque aun no la conocía — imaginé ya antes de pulsar en “leer” que iba a ser poniendo alguna excusa (alegando por ejemplo que tenía que acompañar al hospital a algún familiar enfermo, o que le habían robado la billetera en el autobús y tenía que dedicar, “seguro”, toda la mañana “porque ya sabe usted — que hasta me parecía estarla oyendo, aunque el mensaje era escrito — cómo se ponen las comisarias en estos tiempos de tantísima inseguridad que vivimos”) para no venir al día siguiente; pero, cuando por fin lo abrí, el mensaje era muy escueto, sólo ponía **vea esto** seguido de las tres w dobles y algo más que son siempre la dirección de una página web en la que, me explicaba, encontraría, dentro de una flecha roja, las palabras **vea esto**.

Me explicaba también que haciendo clic en ese **vea esto** de dentro de la flecha roja llegaría a lo que ella me quería

mostrar y, después de un punto y con su mayúscula y todo — detalle al que le encontré mucho mérito, tan engorroso como resulta el buscar en el teclado los signos de puntuación y las mayúsculas — me hacía la siguiente advertencia:

Agrande a 200%, que es como mejor se ve.

No pude hacer nada de lo que me indicaba porque mi móvil, mucho menos moderno que el de ella, no tiene internet y, como además me daba vergüenza contestarle con otro mensaje porque tengo muy poca soltura con los puntos y las comas, opté por dejarle — a la mañana siguiente, antes de salir para el ministerio — una notita escrita a mano en la que le daba las gracias por la advertencia del porcentaje pero la informaba, al mismo tiempo, de que no me era posible entrar en la página.

Eran poco más de las nueve y media cuando Gutiérrez compareció informando de que una dama¹ deseaba verme.

No me dio tiempo a, sobresaltado al escuchar una voz con la que no contaba, apartar la mirada de mis papeles y levantar la cabeza para, disimulando la sorpresa que me causaba verlo ahí, decirle “hágala pasar” porque una mano femenina enguantada lo empujó, aunque sin brusquedad, a un lado, y tras dedicarle un escueto “perdón” taconeó a paso vivo hacia mi mesa...

– Ah, Lola — dije, poniéndome de pie —; es usted.

¹ Gutiérrez, no sé si de forma natural o impostada, parecía más que un ordenanza un mayordomo inglés.

Contratar una asistenta

[3]

– **Lamento enormemente interrumpirle; además, yo misma estoy bastante ocupada esta mañana y con unas lentejas en la lumbre... se las dejaré en el frigorífico en uno de esos recipientes herméticos, cuando por añadidura tengo que colocar la cortina de Indalecio que está en la lavadora. Pero en cuanto he leído su nota, tan importante como debe de ser para usted lo que intenté informarle, me he vuelto a calzar y he tomado un taxi.**

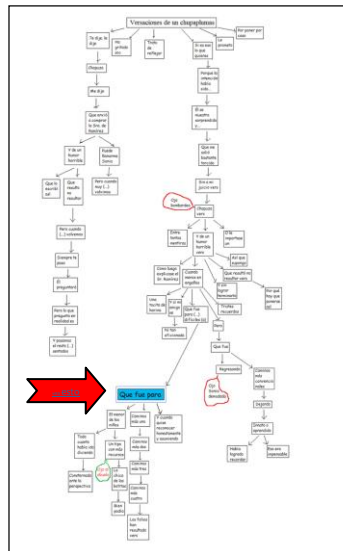
– **¿Tan urgente es?**

En lugar de responder hurgó con celeridad y afanosamente en su bolso; sacó su móvil y, mientras con el pulgar pulsaba con una destreza portentosa por los iconos de la pantallita, declaró:

– **Lo va a ver usted mismo en un instante.**

Y, acto seguido, colocó el artilugio ante mis ojos y dijo “pulse ahí”.

Aquello que me estaba mostrando debía de ser a lo que yo no pude acceder desde el móvil mío; porque era esto:



Pero cuando yo pulsé en la flecha — aunque en una pantalla tan pequeña no podía ver qué ponía dentro aquella era la única flecha roja — no sucedió nada. Y así se lo dije:

– ¿Seguro? — Y me miró con aprensión, como pensando “no sé yo si este”.

– Mírelo — Y tecleé, frente a su nariz incrédula, un par de veces o tres.

– Oh. Déjeme a mí.

Tomo el celular y, con el mismo pulgar y con la misma destreza que ya me sorprendiese unos segundos antes, tocó aquí y allá en los iconos y:

– ¡Ahí lo tiene!

–Ah, pero es que esto ya es otra cosa ¡Esta pantalla es bastante más grande!

– Vamos — rogó impaciente consultando su reloj de pulsera —; pulse la flecha que se les va a acabar el agua a las lentes.

Y pulsé, y funcionó, pero todo cuanto pude ver fue — bastante desencantado después de tanta intriga — otra pantalla también con recuadritos y flechas (aunque no rojas) igual que la primera...

– ¿Y? — Fue todo mi comentario.

– ¿Cómo que “y”? — Parecía perpleja o desolada — ¿Ha visto, ahí, en el centro, abajo?

– Sí. He mirado todo. Y tanto en la primera como en la segunda pantalla lo que aparecen son cuadraditos y flechitas y...

Contratar una asistente

[5]

- ¿Y a usted no le importa?

- ¿Y por qué habrían de importarme a mí unos cuadraditos y unas flechas?

- En fin — exhaló un profundo suspiro y apagó el teléfono —, usted sabrá. El asunto es desde luego suyo — agregó devolviéndolo al bolso y colocándose los guantes — y, si a usted no le parece alarmant...

- ¿Y qué puede tener de alarmante...

- Nada. Olvídelo — replicó en tono cortante y algo triste —. Además, ¿qué hago yo ocupándome de algo que no sea el agua de mis lentes?

Y tras dedicar a Gutiérrez un cortés “buenos días” salió caminando sobre sus altos tacones por la puerta que, a la sazón o por entonces, tenía yo localizada justo enfrente de la que llegado el momento sería mi mesa.